

DC 201

TS

1846

V. 12

C. 2



FONDO BIBLIOTECA PUBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEON

ADVERTENCIA DEL AUTOR.

Al cabo de quince años de trabajo asiduo, he concluido la *Historia del Consulado y del Imperio*, que principié en 1840. De estos quince años no he dejado correr uno solo, salvo el que los acontecimientos políticos me obligaron á pasar fuera de Francia, sin dedicar todo mi tiempo á la obra difícil que traía entre manos. Indudablemente cabe trabajar mas de prisa, pero mi respeto á la tarea de escribir la historia es tan grande, que me pone casi confuso el temor de alegar un hecho inexacto. Cuando semejante zozobra me asalta, no descanso hasta descubrir la prueba del hecho que origina mis dudas: búscola donde quiera que me parece posible hallarla, y no paro hasta que la encuentro ó adquiero la certidumbre de que no existe. Reducido en tal situación á fallar

como jurado, hablo á tenor de mi íntimo convencimiento, bien que siempre con extremado recelo de engañarme, porque entiendo que nada hay mas digno de censura, contra el que voluntariamente abraza el ministerio de referir á los hombres la verdad sobre los grandes sucesos de la historia, que disfrazarla por debilidad, alterarla por pasión, suponerla por desidia y mentir, á sabiendas ó no á sabiendas, ante su siglo y los venideros.

Bajo la influencia de estos escrúpulos he leído, releído y tomado de propia mano y letra notas de los innumerables documentos que se custodian en los archivos del Estado, de las treinta mil cartas de que se compone la correspondencia personal de Napoleon, de las no menos numerosas de sus ministros, de sus generales, de sus ayudantes de campo, y hasta de los agentes de su policía, y de la mayor parte de las memorias manuscritas conservadas en el seno de las familias. Deber mio es declarar que bajo todos los gobiernos (pues se han sucedido no menos de tres desde que di principio á mi obra) he hallado la misma facilidad, la misma prodigalidad en proporcionarme cuantos documentos me han hecho falta, y bajo el sobrino de Napoleon he podido enterarme de los secretos de la política imperial del propio modo que bajo la república y la monarquía constitucional antes. Así creo haber logrado poseer y reproducir, no la verdad convencional que las generaciones contemporáneas se

crean á menudo y transmiten como verdad auténtica á las generaciones futuras, sino la verdad genuina de los hechos, que solo se halla en los documentos del Estado, y especialmente en la correspondencia de los mas insignes varones. Sentado esto, no es maravilla que me acaeciera invertir un año en preparar un tomo, bastándome para escribirlo dos meses, ni que haya tenido al público en larga espera, no obstante la benevolencia que le indujo á dar algun valor al éxito de mis trabajos.

Menester es tambien añadir ahora que al escrúpulo se me ha agregado la afición de estudiar á fondo, cómo en una de las épocas mas agitadas del mundo, hubo traza para remover tantos hombres, tanto dinero y tanto material. Me han atraído, detenido, cautivado los secretos de la administracion, de la hacienda, de la guerra, de la diplomacia, y he considerado que para los espíritus graves no merece menos atención esta parte técnica que la parte dramática de la historia. A mi ver, el apláuso ó la censura respecto de las grandes operaciones, son no mas que declamaciones vanas, no fundándose en la exposicion puntual, razonada y clara del modo con que se llevaron á remate. Extasiarse, por ejemplo, ante el espectáculo del paso de los Alpes y acumular palabras, prodigar aquí las rocas y allí las nieves, con el fin de comunicar á los demas el entusiasmo que se siente, no es á mis ojos mas que un juego pueril y aun fastidioso para los lectores. Una exposi-

cion cabal y exacta de cómo pasaron las cosas, es lo mas formal, interesante y adecuado á producir admiracion verdadera. Para describir una empresa de la magnitud del paso del San Bernardo, nada mejor que púntualizar cuantas leguas habia que atravesar de montes, y la artillería, las municiones, los víveres que era preciso trasportar sin caminos, á alturas enormes, por entre precipicios espantosos, donde ya no sirven los animales y solo el hombre conserva su voluntad y sus fuerzas, todo dicho sencillamente, con los necesarios pormenores y sin inútiles particularidades. Si luego de exponer exacta y completamente los hechos, se escapa una exclamacion de los labios del que refiere, en derecha va al alma del que lee, porque, habiéndola ya sentido, no hace mas que responder al grito de su admiracion propia.

Tales son las causas de la lentitud con que he procedido, y de la extension dada á mi relato. Y esto me lleva á decir sobre la historia y la manera de escribirla algunas palabras inspiradas por mi larga práctica en este arte, y por mi profundo respeto á su dignidad eminente.

Entre las obras del espíritu humano, me parece superior á todas la gran poesia, bien que nadie me pueda negar que hay eras mas propias á saborearla que á producirla. En nuestra época, profundamente erudita al par que profundamente agitada, son Homero y Dante mejor comprendidos que lo fueron nunca; y asi y todo, con poe-

tas y pintores de nota, nuestro tiempo no ha producido poesia sencilla y enérgica al modo que la de Florencia en el siglo XIII, ó cual la de la Grecia primitiva, y consiste en que las sociedades tienen su edad como los individuos, y cada edad sus ocupaciones particulares. Siempre he considerado que la especial, ya que no la exclusiva de nuestro tiempo, es la historia. Sin perder la sensibilidad á las cosas grandes, que nuestro siglo nos restituyera de sobra en caso de haberla perdido, ya nos enriquece la experiencia que permite avalorarlas y juzgarlas. Seguro de hacer lo que á mi siglo cuadraba mas particularmente, entreguéme lleno de confianza á los estudios históricos desde mis juveniles años, y treinta de los de mi vida he dedicado á escribir historia, pudiendo afirmar que ni aun en medio de los negocios públicos me separé, por decirlo asi, de mi arte. Cuando á la vista de tronos vacilantes, en el seno de asambleas conmovidas por el acento de potentes tribunos ó amenazadas por la muchedumbre, podia dar lugar á la reflexion un instante, no me fijaba tanto en tal ó cual individuo pasajero y con nombre de nuestros dias como en las eternas figuras de todos los tiempos y todos los lugares que en Atenas, en Roma, en Florencia, se movieron antiguamente como la que veia ante mis ojos. Sentíame con menos turbacion é ira, porque experimentaba menos sorpresa, porque presenciaba, no la escena de un dia, sino la escena perenne iniciada por Dios al colocar en la so-

ciudad al hombre con sus pasiones grandes ó pequeñas, ruines ó generosas, al hombre siempre semejante á sí propio, siempre agitado y siempre conducido por leyes profundas al par que inmutables.

De suerte que me atrevo á calificar de un largo estudio histórico mi existencia, pues fuera de aquellos instantes violentos en que la acción os aturde, y en que el torrente de las cosas os arrastra de modo que no os permite distinguir sus límites, casi siempre he observado lo que pasaba en torno de mí, haciendo referencia á lo acaecido en otros puntos, para investigar lo que se diferenciaba ó se parecía lo uno y lo otro. Según mi dictámen, esta comparación continua es la verdadera preparación del espíritu para la epopeya de la historia, no condenada á ser descolorida por lo positiva y exacta, pues el hombre real llámese Alejandro, Anibal, César, Carlo-Magno, Napoleón, tiene su poesía varia, como el hombre fingido, ya se llame Aquiles, Eneas, Roldán ó Reinaldo.

No basta la observación asidua de los hombres y de los sucesos, ó como dicen los pintores, la observación de la naturaleza, se necesita un don particular para bien escribir la historia. ¿Qué don es este? ¿Ingenio, imaginación, crítica, arte de componer, talento de pintar? Decididamente respando que sería de desear el poseer todos estos dones, y que toda historia donde resalte cualquiera de ellos es una obra apreciable y aprecia-

da altamente por las generaciones futuras. No una, sino veinte maneras hay de escribir historia: Tucídides, Jenofonte, Polibio, Tito Livio, Salustio, César, Tácito, Commines, Guicciardini, Maquiavelo, San Simón, Federico el Grande, Napoleón la escribieron superiormente, aunque de muy distinto modo. Solo pediría yo al cielo haber rayado á donde el menos eminente de estos historiadores, para estar seguro del acierto, y de dejar una memoria de mi efímera vida. Cada uno de ellos tiene su cualidad característica de bulto: este narra con una abundancia que seduce: aquel narra no de seguida, sino lo que le choca y como á saltos, pero de pasada bosqueja en algunos rasgos tales figuras que nunca se borran de la memoria de los hombres: otro finalmente, menos abundante ó menos hábil en las pinturas, pero mas reposado, mas discreto, penetra con ojos de linces las profundidades de los acontecimientos humanos y los ilumina con una claridad eterna. De todas maneras atinaron y salieron airosos, lo repito. Sin embargo, ¿no hay una cualidad esencial, preferible á todas, que debe distinguir al historiador y en que estriba su verdadera superioridad? Hayla y sin titubear un solo punto, digo que en mi concepto esta cualidad es la inteligencia.

Aquí tomo esta palabra en la acepción que le da el vulgo, y solo con aplicarla á los asuntos mas diversos, voy á procurar que se me comprenda por todos. Es comun notar en un niño, un ar-

tesano, un estadista, algo que no se califica redondamente de talento, faltándole brillo, pero que se llama inteligencia, porque aquel á quien adorna, inmediatamente se posee de lo que se le dice, ve y entiende á media palabra que se le apunte: si es niño, comprende lo que se le enseña, si artesano la obra de cuya ejecucion se le encarga, si hombre de Estado los sucesos, sus causas, sus resultados, adivina los caracteres, sus inclinaciones, la conducta que se debe esperar de ellas, y nada le sorprende, ni le embaraza, aunque á menudo se aflija por todo. Esto es lo que denomino yo inteligencia, y prácticamente esta simple cualidad, enderezada solo al efecto, es de mayor utilidad en la vida que todos los dones intelectuales, salvo el genio, que en suma no es mas que la misma inteligencia con el feliz conjunto de la brillantez, la fuerza, la extension y la perspicacia.

Semejante cualidad, aplicada á los grandes fines de la historia, es en mi sentir la esencial que debe poseer quien la escribe, y una vez existente, consigo lleva las demas todas, siempre que al don de la naturaleza se junte el de la experiencia, que solo de la práctica emana. Y efectivamente, con lo que llamo inteligencia se discierne lo verdadero y lo falso; no engañan las vanas tradiciones ni los falsos rumores de la historia; se tiene crítica, se penetra bien el carácter de los hombres y de los tiempos, no se exagera, ni se agranda, ni achica demasiadamente nada; se

presenta cada personage con su verdadera fisonomía, se aparta la hojarasca, ornamento el mas inadecuado á la historia; se pinta fielmente, se entrañan los resortes secretos de las cosas, se comprende y se hace comprender de qué modo fueron consumados; objetos distintos hasta el extremo que lo son la diplomacia, la administracion, la guerra, la marina, se ponen casi al comun alcance, habiendo sabido penetrarlos en su generalidad inteligible para todos, y luego que ya se está en posesion de los numerosos elementos que deben formar una relacion vasta, da la norma del orden en que hayan de ser presentados la misma serie de los sucesos, pues quien supo apoderarse del vínculo misterioso que los enlaza y de la manera con que los unos generaron los otros, averiguado tiene el método de narracion mas bello como el mas natural de todos, y si no es de hielo ante las grandes escenas de las naciones, mezcla vigorosamente el conjunto y hace que se suceda con vivacidad y lisura; deja al río del tiempo su fluidez, su poder y aun su encanto, no forzando ninguno de sus movimientos, no alterando ninguno de sus felices recodos, y para final complemento, satisface la condicion suprema de ser equitativo, ya que nada apacigua y doma las pasiones como el profundo conocimiento de los mortales. No quiero decir que haga desaparecer la severidad, pues esto seria dañoso, sino que cuando se conoce la humanidad y sus flaquezas, y se sabe lo que la domina y la

arrastra, sin tener menos odio al mal, ni menos amor al bien, hay mas indulgencia para el hombre que se ha dejado llevar al mal por los mil impetus del alma humana, y no se venera menos al que, á pesar de todos los estímulos ruines, ha sabido mantener su corazon al nivel de lo bueno, de lo bello, de lo grande.

Persisto en creer que la inteligencia es la facultad bienhadada que enseña en historia á distinguir lo verdadero de lo falso, á pintar fielmente los hombres, á esclarecer los arcanos de la política y de la guerra, á narrar con orden luminoso, á ser equitativo, y en suma un narrador completo ¿osaré decirlo? Casi aun sin arte, el espíritu perspicaz que imagino, cediendo solo á la necesidad de contar que se apodera de nosotros frecuentemente y nos induce á poner en noticia de los demas los sucesos relativos á nuestras personas, puede dar vida á obras maestras. Entre mil ejemplos que pudiera citar en mi apoyo, permitaseme elegir el de Guicciardini y el del gran Federico de Prusia.

Jamás pensó escribir Guicciardini, ni hizo aprendizaje ninguno. Como diplomático, administrador, y como militar una ó dos veces, habia empleado sus años; pero figuraba entre los espíritus mas perspicaces que han existido, y en cosas políticas sobre todo. Su alma adolecia de triste por naturaleza y por hartura de la vida: ignorando cómo pasar las horas en su retiro, escribió los anales de su tiempo y de consiguiente muchas

cosas de las pasadas á su vista, y lo hizo con una amplitud de narracion, una valentía de pincel y una profundidad de juicio, que colocan su historia entre los buenos monumentos del espíritu humano. Su frase es prolija, nada suelta y á veces pesada, y no obstante avanza como un hombre diligente, anda deprisa, aun teniendo mal configuradas las piernas. Profundo conocedor de la naturaleza humana, de todos los personajes de sus dias, bosqueja retratos que no perecerán nunca, porque son fieles, sencillos y vigorosos. A este mérito añade el tono triston é insistente de un hombre cansado de las innumerables miserias de que habia sido testigo, y demasiado insistente á mis ojos (porque la historia debe ser reposada y serena) mas no chocante de ningun modo, pues trasciende alli, á la manera que en la sombría severidad de Tácito, la tristeza del hombre de bien.

Federico el grande, que nunca adoleció de triste, amaba con pasion las letras, y sin duda es uno de los mas nobles rasgos de su carácter esta aficion irresistible, que le sostuvo en los momentos desesperados que mas de una vez pusieron su fortuna á punto de ruina. Tal noche, despues de perder una batalla, sucedia que se consolara haciendo versos malos, no por las ideas, que las hay profundas, ingeniosas, picantes y no escasas en sus composiciones, sino por la estructura, siendo verdad sabida que los versos requieren correccion, armonia, gracia. Nada es en poesia el pen-

samiento sin el arte. Y aun faltaba mas al gran Federico de Prusia para producir buenos libros: como solo por distraccion, y no por ejercicio habitual, se dedicaba siempre á las letras, nunca habia dado mas ensanche que el de una poesia, una epístola ó un folleto á sus obras, y asi le era tan extraño el arte de hacer un libro como el de escribir correctamente. Y sin embargo en la historia que nos ha dejado de su familia y de su propio reinado, exponiendo las tramas sutiles de su diplomacia y las profundas combinaciones de su genio militar; pintando las vicisitudes de su carrera de cerca de cincuenta años, los indecibles vaivenes de la politica durante un siglo en que las mugeres gobernaban los estados mientras los filósofos regian los entendimientos, y las alternativas de una guerra en, que ya vencido ó ya victorioso, bien que siempre cubierto de gloria, se hallaba á cada instante en visperas de sucumbir debajo del odio de tres mugeres y del peso de tres grandes Estados; este hombre singular dió vida en mal francés y hasta en estilo extravagante á un cuadro sencillo, animado y tan completamente verdadero de aquella época curiosa y grande solamente por él y algunos escritores franceses. Este mal autor escribe bastantemente bien, compone de una manera sencilla, aunque no docta, con orden y con interés, delinea caracteres de mano maestra, y seria un juez superior á no faltarle equidad y decoro. Mas juntando lo licencioso de su espíritu á lo licencioso de su

tiempo: menospreciando á todos los reyes que habia humillado, á sus generales que habia vencido, á sus ministros que habia engañado; no hallándose á gusto sino entre las gentes de letras, aun cuando con su vanidad le daban frecuente motivo de risa; complaciéndose en hacer peores que lo eran realmente á sí propio y á los demas; intemperante, cinico, dió á la historia el tono de la maledicencia, bien que inmortalizara la que tenemos suya, sellándola con el carácter de la mas profunda inteligencia y del buen sentido mas raro.

Nada me ocurre decir de César porque era uno de los escritores mas prácticos de su siglo ni de Napoleon, porque llegó á serlo del suyo; pero bastan los dos ejemplos que acabo de citar para explicar mi pensamiento y demostrar que todo el que tuviere inteligencia de los hombres y de las cosas, está dotado con el verdadero talento que para bien escribir la historia se exige.

Tal vez se me impugne diciendo que doy por inútil el arte, afirmando que la inteligencia lo es todo; y que de consiguiente un cualquiera, dotado no mas que de la comprension esa que ensalzo, puede componer, pintar, referir en suma con todas las condiciones de la verdadera historia. A lo cual responderia que si de buen grado, sino conviniera á pesar de todo restringir algun tanto esta aseveracion absoluta. Comprender es ya mucho, aunque, rigurosamente hablando, no todo: necesitase ademas cierto arte de componer, de

pintar, de casar los colores, de distribuir la luz, y no menos cierto talento de escribir, pues al cabo de la lengua es forzoso servirse ya sea griega, latina, italiana ó francesa, para contar las vicisitudes del mundo. Y así convengo en que á la inteligencia se debe de unir la experiencia, el cálculo, es decir, el arte.

Ser finito es el hombre y casi hay que hacer entrar en su espíritu lo infinito. Generalmente los sucesos que teneis que exponer se realizan en muchas partes, no solo en Francia, si es Francia el teatro de vuestra historia, sino en Alemania, en Prusia, en España, en América y en la India; y ni el que narra ni el que lee cualesquiera sucesos puede estar á la vez mas que en un solo punto. Federico el grande lidia en Bohemia, pero á la par se pelea en Turingia, Westfalia y Polonia: sobre el mismo campo de batalla, donde todo lo dirige personalmente, se empeña la lucha en el ala izquierda, pero lo mismo sucede en el ala derecha, y en el centro y en todas partes. Y hasta cuando se ha descubierto con inteligencia la cadena general que eslabona entre sí los sucesos, se requiere cierto arte para pasar de un lugar á otro, para ir á recoger los hechos accesorios que hizo descuidar el hecho de mayor bulto: es preciso correr sin cesar hácia la derecha; hácia la izquierda, á retaguardia, sin perder la escena principal de vista, sin dejar que la accion languidezca, y sin omitir nada tampoco, siendo todo hecho omitido una falta, no solo contra la exac-

titud material, sino contra la verdad moral, pues rara vez ocurre que la omision de un hecho, por insignificante que sea, no falte á la contextura general ó como causa ó como efecto. Y aun hay que contemporizar con ese ser finito que os oye, siempre aspirando á lo infinito, con ese ser curioso que todo lo quiere saber, sin paciencia para aprenderlo. Saberlo todo punto por punto, sin poner el menor esfuerzo de atencion de su parte; así es el lector, así es el hombre, así somos todos.

Requíerese, pues, cierto arte de presentar la escena que exige esperiencia, cálculo, ciencia y hábito de las proporciones. Y no basta con esto, no sabiendo pintar, describir, apoderarse del rasgo carecterístico de una fisonomía, de la circunstancia radical de una escena, distribuir el color con tiento, con gradacion hábil, no prodigado, de manera que no quede para las partes que han de ser coloridas con fuerza. Finalmente, como la lengua es el instrumento con que esto se ejecuta, preciso es escribirla con dignidad, elegante y grave, por igual adecuada á las cosas grandes y á las pequeñas, pues sabe decir las unas con sublimidad y las otras con llaneza, exactitud y claridad. Sin que se halle cabida á la duda todo esto es arte y frecuentemente del mas refinado; y de aquí la necesidad de que á la perfecta inteligencia de las cosas, se agregue cierta costumbre de manejarlas, de disponerlas, de presentarlas en todos sus pormenores, con método estudiado y fácil, noble y sencillo, penetrando por to-

das partes, arrastrándose ya sobre la sangre de los campos de batalla, ya hacia los gabinetes de la diplomacia, donde á veces hay que llegar hasta el estrado de las señoras para descubrir el secreto de los Estados, ya en fin por las fangosas calles, donde se agita una demagogia enfurecida y aun demente.

Confesando sin esfuerzo que el arte se debe unir á la inteligencia, voy á explicar por qué esta facultad, segun la he definido, conseguirá mas que otra alguna llegar á ese complicadísimo arte. Entre todas las producciones del espíritu humano, la mas pura, casta, severa y alta al par que humilde es la historia. Esta musa briosa, perspicaz y modesta, ha menester especialmente de ser vestida sin atavíos.

Arte necesita sin duda, pero si tiene demasiado y se echa de ver mucho, no hay dignidad, ni verdad posibles, pues habiendo querido engañarnos tan sencilla y noble criatura, ya no os inspira confianza. Nadie se puede llamar á engaño porque se exagere en la escena trágica el terror y en la escena cómica la risa; ni porque en la epopeya, en la oda, en el idilio, se agranden ó achiquen los personajes, y se haga á todos los héroes intrépidos y á todas las zagalas bonitas, y se hermosee en suma todo, ya que son artes de ficcion y no hay quien lo ignore; sin embargo de lo cual yo aconsejaria á los autores de ficciones que fuesen siempre verdaderos, aunque están dispensados de ser exactos. Pero respecto de la

historia no se puede tolerar la mentira ni en la sustancia, ni en la forma, ni el colorido. La historia no dice: soy la ficcion, si no: soy la verdad. Imaginaos un padre circunspecto, sesudo, que inspira amor y respeto á sus hijos, y que para instruccion de ellos, les junta y les dice: voy á contaros lo que hicieron mi abuelo y mi padre, y lo que he hecho yo, para traer al punto en que están la fortuna y el lustre de nuestra familia. Voy á contaros todas sus buenas obras, sus culpas, sus errores, y en fin, todo, para ilustraros, para instruiros y para poneros en la senda del honor y del bienestar. Juntos sus hijos todos, le escuchan con religiosísimo silencio. ¿Comprendéis que este padre engalane lo que refiere y lo altere á sabiendas, é inculque á estos hijos, que le son tan caros, una idea falsa de los trances, de las amarguras y los placeres de la vida?

Pues la historia es realmente este padre que instruye á sus hijos. Tras definicion semejante, ¿la comprendéis jactanciosa, exagerada, exuberante ó declamatoria? Ingenuamente digo que nada me choca en arte alguno, pero que me subleva la menor jactancia en la historia. Verdadera, sóbria y sencilla debe ser en la composicion, en lo que tiene de drama, en los retratos, en el estilo. ¿Y cuál de las diversas clases de talento la conservará mejor estas cualidades esenciales? Con evidencia el que sobresalga por lo inteligente, pues ve las cosas cómo son, las ve bien y quierá presentarlas segun las ha visto.

La inteligencia cabal de las cosas lleva á conocer la belleza natural de ellas, y las hace amar hasta el extremo de no quererlas añadir, ni quitar cosa alguna, y de buscar exclusivamente la perfeccion del arte en reproducirlas con exactitud rigorosa. Séame licita una comparacion para que mejor se me entienda.

Rafael creó cuadros de invencion propia, especialmente Sacras Familias, y retratos. Siempre los mas delicados jueces procuran aquilatar si valen mas las Sacras Familias ó los retratos, y se hallan perplejos. No diré yo que á la postre se decidan por los retratos, pues bien audaz fuera el que se aventurara á fallar sobre aquellas obras divinas; pero es lo indudable que llegan al punto de no admitir inferioridad alguna entre ellas, y asi las Virgenes mas admiradas de Rafael no son antepuestas á sus simples retratos, puesto que la poesía de las unas no amengua la noble realidad de los otros. ¿Y cómo alcanzó Rafael á producir, por ejemplo, ese asombroso retrato de Leon X, una de las obras mas perfectas que han salido de mano de hombre? (1) Cuando queria pintar una Virgen, este felicísimo genio, se representaba en su imaginacion las facciones mas puras que habian admirado sus ojos, las depuraba luego y añadialas su propio encanto, rica emanacion de su alma, y creaba una de esas maravillosas cabezas que, vistas una vez, no se olvi-

(1) El que está en el palacio Pitti de Florencia.

dan ya nunca. Por el contrario, si queria pintar un retrato, renunciaba á combinar, á depurar y á inventar del todo. En el rostro de un principe de la Iglesia, anciano, de nariz roja y ancha, de sensual fisonomia, de pequeños, bien que muy penetrantes ojos, nada veía feo ó repugnante, buscaba la naturaleza, la admiraba en su realidad, y se guardaba muy bien de alterar nada, y nada ponía de su cosecha mas que la correccion del dibujo, la verdad del colorido, los golpes de luz, y hallabalo todo en la naturaleza bien observada, que es correcta de dibujo, hermosa de colorido, fascinadora de luz, hasta en la fealdad misma.

Semejante á este retrato de Rafael es la historia, y sus Virgenes se pueden comparar á la poesía. Al modo que se llega al retrato de Rafael, prendándose de la naturaleza y de la hermosura de la realidad y obligándose á reproducirla exactamente, se llegará á la legitima historia observando los hechos, contemplándolos como un pintor contempla la naturaleza y hasta en un rostro feo la admira, sin buscar mas que en la verdad de la reproduccion el efecto.

Lo mismo que la pintura tiene su parte pintoresca la historia, y esta se halla en los hombres, en los sucesos, fiel y profundamente observados. Por ejemplo, abrid nuestra historia: fijaos en Enrique IV, Luis XIII, Luis XIV, Luis XV, en sus ministros, sus cortesanas y sus confesores: en Richelieu, Mazarino, Louvois, Choiseul; en la